

Livia, la joven vestal

Obdulio López



www.facebook.com/tombooktu
www.tombooktu.blogspot.com
www.twitter.com/tombooktu
#LiviaLaJovenVestal

Colección: Tombooktu Romance

www.erotica.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Livia, la joven vestal*

Autor: © Obdulio López

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Diseño de cubierta: Estelle Talavera

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2015 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-58-1

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-724-8

ISBN Digital: 978-84-9967-725-5

Fecha de publicación: Abril 2015

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito legal: M-8658-2015

A Natalia

Índice



| | |
|--|-----|
| Capítulo I. Mi elección | 13 |
| Capítulo II. La Casa de las Vestales | 25 |
| Capítulo III. La estancia secreta | 39 |
| Capítulo IV. El Mutinus Titinus | 51 |
| Capítulo V. Floronia | 63 |
| Capítulo VI. La alacena del templo | 85 |
| Capítulo VII. El juicio de Casio | 97 |
| Capítulo VIII. La venatio | 117 |
| Capítulo IX. La confesión de Drusila | 131 |
| Capítulo X. La fosa de la Puerta Collina | 145 |
| Capítulo XI. En la tranquila Litterno | 155 |
| Capítulo XII. Un buen negocio | 173 |
| Capítulo XIII. El viaje de Hispania | 191 |
| Capítulo XIV. Una terrible duda | 219 |
| Capítulo XV. La cortina de humo | 235 |
| Capítulo XVI. Un regalo de los dioses | 245 |

| | |
|--|-----|
| Capítulo XVII. Una modesta escuela | 265 |
| Capítulo XVIII. De nuevo en el corazón de Roma | 279 |
| Capítulo XIX. Lágrimas amargas | 295 |
| Capítulo XX. En mi soledad | 307 |


Y como Vesta ha tomado bajo su protección, por decirlo así, el fuego de la ciudad, que seis vírgenes presidan su culto, que aseguren mejor con su atención constante la guarda del fuego, y con su ejemplo adviertan las mujeres que su naturaleza femenina puede soportar la castidad total.

Cicerón



I

Mi elección



Las lámparas, a punto de consumir el aceite, desprenden un agonizante resplandor. Mi mano, marcada por el paso de los años, tiembla pero se resiste a dejar el cálamo cuando empiezo este relato que tal vez sea un acto de contrición y purificador de mi pasado.

Desde que estoy sola los recuerdos me persiguen y se apoderan de mí. Vivo atrapada en un pasado que va deshojando sus páginas en una turbulenta cascada de acontecimientos; y la evocación de una música, un nombre o un lugar, inquieta y amenaza a esta pobre anciana arrugada y sollozante.

La brisa del mar, el olor a salitre y a jara me acompañan en los suaves atardeceres estivales y el rugir del mar de los inviernos ásperos y fríos me sobrecoge. Las gaviotas, como fieles guardianas, me siguen en mis interminables paseos por la playa, donde mis huellas sobre la arena mojada desaparecen como mi vida, barridas por el oleaje. Mi soledad, a lo largo de estos años, permanece rígida, imperturbable y olvidada de lo que fue una agitada e intensa vida

El tiempo ahora transcurre con exasperante lentitud, como un juez inflexible que alarga eterna y caprichosamente mi existencia; me enfrento a él como el marino que maneja su

nave en medio de la tempestad, pero siempre arribo al abrigado puerto de mi infancia donde el dulce sabor de aquella época me conforta, ayuda y me hace revivir felices momentos.

Cierro los ojos y siento en los brazos el leve peso de mi muñeca de trapo. El envolvente olor a rosas del jardín de mi casa. La voz ronca de mi preceptor cuando me llamaba para leerme bonitas y antiguas leyendas en un fresco atardecer sentados en el atrio. Los besos y caricias de mi madre ante la envidia de mis hermanos. Era la pequeña de la casa, la más caprichosa y consentida. Siempre conseguí lo que me proponía. Fue una época feliz.

Mi familia pertenecía a la aristocracia romana. Mi padre, afamado y respetado senador de afilada y reputadísima lengua, sabía lo difícil que era vivir en esos momentos en la agitada Roma. En los debates del Senado dirigía sus elocuentes discursos hacia la moderación y el Estado de Derecho, salvando, evidentemente, las ancestrales tradiciones romanas.

Valeria, mi madre, dedicó toda su vida a educar a sus cinco hijos, y poco tiempo le quedaba para compartir, junto a mi padre, fiestas y banquetes a los que tenía que asistir por sus obligaciones senatoriales. No obstante, sí mantenía con las demás mujeres de los senadores una relación fluida y estrecha en las reuniones que periódicamente organizaban en sus casas. Siempre fue una buena madre y me transmitió el cariño y el afecto a la familia, pieza base de la sociedad romana, y a las buenas formas y costumbres. Nunca se dejó influir por las libertinas corrientes que desde otros lugares llegaban a Roma y que como nubes de verano desaparecían al poco tiempo.

De aquella época recuerdo con nostalgia mi escondite preferido en el jardín, detrás del banco de piedra, donde me refugiaba y pasaba largos ratos soñando. Los juegos en el atrio con los sirvientes, hermanos y amigas.

Vivía en una amplia, cómoda y bonita casa, abierta al aire y al sol en la falda del Aventino, muy cerca de la populosa Cuesta Pública. Se elevaba sobre del nivel de la calle por dos gradas, y la entrada estaba enmarcada por grandes pilastras coronadas de hermosos capiteles jónicos. En el vestíbulo de entrada había dos bancos de piedra donde los visitantes

aguardaban pacientemente a ser recibidos por mi padre. Las enormes puertas de madera de encina estaban decoradas con clavos de cabeza de bronce. En el vestíbulo y en el corredor se sucedían los decorados con cornucopias y estatuas. El atrio servía de distribuidor de las habitaciones del servicio, cocinas, baños y comedores de invierno y verano y era el lugar donde, habitualmente, se reunía la familia. En el *tablinum*, al fondo del atrio, mi padre recibía a las visitas y guardaba los documentos particulares y familiares. Al final de la casa estaba el peristilo, gran espacio descubierto rodeado de columnas, en donde había un jardín con una fuente en el centro. A su alrededor se alineaban las habitaciones de la familia y era el sitio más tranquilo.

Por allí corría y jugaba sin preocuparme de lo que sucedía a mi alrededor. Aunque mi preceptor me calificaba de pícara, coqueta, caprichosa y en algunos casos de desvergonzada, él, como toda mi familia, esperaba que me convirtiese en una exquisita dama de la aristocracia romana y sus clases y consejos iban dirigidos en ese sentido.

Soñaba y jugaba a encontrar a un guapo y apuesto soldado con el que me casaría y, en mi pequeña silla, esperaba su regreso al mando de las legiones. Ése era mi destino y nadie apostaba porque fuera a cambiar. Nada más lejos de la realidad. Pronto todo aquello se iba a desmoronar como un castillo de arena al que una ola barre despiadada y sigilosamente.

Una calurosa tarde de primavera sentí un enorme revuelo. Los criados corrían nerviosos de un lado para otro. Al poco tiempo vi salir a mi padre hacia el vestíbulo. Yo le seguí y aguardé impaciente para ver lo que sucedía.

Una lujosa silla de mano, llevada por varios esclavos de raza negra y precedida de soldados, se había parado frente a la puerta de mi casa. De ella bajó alguien al que yo calificué como muy importante, aunque no supiera exactamente quién era.

Mi padre, después de saludarle con respeto no exento de alguna familiaridad, lo invitó a pasar.

—¡Salve, César Augusto!

—¡Salve, Livio!

—Algún asunto muy importante debe traer al César a mi casa.

—Sí, Livio. Quiero hablar contigo en privado de un asunto relevante.

Al momento mi padre dio dos palmadas y los sirvientes, que esperaban formados a ambos lados del vestíbulo, se precipitaron hacia el interior para preparar la estancia donde se iba a sentar el César.

Permanecieron hablando largo rato sobre temas de la administración del Estado y sobre unos nuevos cargos que el César quería nombrar entre los senadores. Uno de ellos era mi padre. Después, durante la cena, estuvo comentando con mi madre su posible designación. Algunas veces levantaban la voz, y yo, que jugaba junto al atrio, volvía la cabeza y miraba despreocupada cómo discutían de algo que yo no entendía.

Esa tarde, después de la conversación y a punto de marcharse, el César se fijó en mí, que deambulaba por el vestíbulo con mi muñeca preferida.

—¿Es ésa tu hija, Livio?

—Sí. La pequeña —afirmó mi padre.

—¿Qué edad tiene?

—Aún no ha cumplido los diez.

—¡Perfecto! —exclamó el César—. Será una excelente vestal, si así lo deseas. Se ha producido una vacante y dentro de unos días debo elegir una nueva vestal. ¿Quién mejor que tu hija?

—¡Es un honor para esta casa! —contestó sorprendido mi padre, quien añadió—: ¿Pero la Ley Papia no obliga a que se haga un sorteo entre veinte candidatas?

El César, que hacía poco que había sido proclamado Pontífice Máximo, soltó unas sonoras carcajadas acompañadas por un guiño de complicidad.

—¡Vamos, vamos, Livio! No seas ingenuo. ¡Claro que se hace el sorteo!

—Entonces... tu visita de hoy era para conocer a Livia.

—En cierto modo, pues cuando le dije a Agripa que venía a tu casa a proponerte como senador del Consejo del Emperador, me habló muy bien de tu hija y, efectivamente, cumple con todos los requisitos. Es de familia patricia.

Vosotros, sus padres, afortunadamente, vivís los dos. Carece de defecto físico y aún no ha cumplido los diez años. Es una perfecta candidata a vestal.

En ese momento mi padre me llamó y, ajena a lo que me depararía ese trascendental encuentro, me acerqué sumisa y expectante hasta ellos.

—Livia, el César quiere conocerte.

Lo miré indiferente. Luego, él, me dirigió la palabra.

—¡Hola, Livia! Eres una niña encantadora, pero es hora de que te conviertas en una vestal y te consagres a la diosa Vesta...

Aquellas palabras me sonaron un tanto extrañas, pero no le di la mayor importancia. Conforme fueron pasando los días y mi preceptor me explicó lo que realmente era una vestal, conocí por primera vez, en la soledad de mi habitación, el sabor agrídulce de las lágrimas infinitas.

Durante aquella larga y amarga semana todos mis sueños se desvanecieron. Ya no sería la ensoñada novia de un soldado; ya no sería la esposa patricia de un general; ya no sería la madre de preciosos niños con caritas sonrosadas que jugarían a mi alrededor. Ni aquella esposa pendiente del regreso de su marido.

Yo habría brillado en maravillosas fiestas donde los hombres me habrían mirado de reojo con deseo incontenible. Yo habría supervisado con extrema elegancia las tareas domésticas encomendadas al servicio. Yo habría paseado con altivez mi clase por el foro y habría respondido con gentileza a los saludos de mis vecinos y amigos. Yo habría sido una fiel y sumisa esposa. Y yo podría haber tenido esa tranquila y madura vejez rodeada de nietos, de paz y de tranquilidad.

Nada de lo anterior iba a protagonizar yo en lo sucesivo.

*

En la *Regia*, residencia oficial del Pontífice Máximo y lugar de reunión del Colegio de los Pontífices, se celebró la elección de la vestal para cubrir la vacante dejada por la *Virgo Vestalis Maxima*, que había cumplido su obligada estancia de

treinta años al servicio de la diosa Vesta. Era un lugar consagrado y encerraba recintos y objetos misteriosos y sagrados: un santuario donde se conservaban las *hasta* Martis, un sagrario de Ops Consiua accesible únicamente a las vestales y al *sacerdos publicus*. Se guardaban ricos archivos y en ellos los *annales*, los *libri* y los *commentarii* de los Pontífices. También allí mismo se celebraba un sacrificio el 25 de agosto.

En el amplio salón de suelo de mármol, rodeado de enormes columnas, nos encontrábamos las veinte candidatas junto a nuestras familias. Al fondo, sobre una tarima, el trono de Augusto. Era fastuoso, hecho de madera noble con incrustaciones preciosas. El respaldo se elevaba con llamativas volutas doradas acabadas en una corona de hojas de laurel. Las patas, enormes y doradas garras abiertas de león, parecían querer sujetar firmemente el trono al suelo. El asiento era un mullido cojín púrpura ribeteado de oro. A ambos lados se disponían varias sillas para ayudantes y escribientes. En el centro, una larga y estrecha alfombra roja llegaba hasta los mismos pies del César. Detrás del trono, y guardadas por soldados de la temida guardia pretoriana, dos enormes puertas daban acceso a la sala desde diferentes pasillos.

Me viene a la memoria que incluso se presentaron niñas que acababan de cumplir seis años y que el ambiente era tenso, pues cada una de las familias deseaba fervientemente que su hija fuera la elegida. Aparte de un generoso estipendio, a cargo del erario público cuando se jubilaban, las vestales gozaban de innumerables privilegios, pero debían dedicar los mejores treinta años de su vida a la diosa Vesta y lo que era más importante: debían hacerlo guardando dedicación y castidad absolutas.

Las madres se miraban unas a otras con arrogancia, a la vez que nos arreglaban la túnica o nos recogían primorosamente las trenzas. Soñaban con el prestigio y la categoría añadidos si su hija era la elegida. Algunas eran capaces de hacer cualquier cosa por destacarse, ya que en determinadas familias romanas prevalecían los honores y la distinción sobre el decoro. No era el caso de mi familia.

Estábamos todos expectantes cuando de pronto oí dos golpes muy fuertes y se hizo un silencio absoluto. Una de las enormes puertas acababa de abrirse y por ella entró el César acompañado de su séquito. Antes de sentarse en el trono dirigió una mirada general a todos los presentes, los cuales, en señal de respeto, inclinaron levemente la cabeza.

Una vez sentado, el César departió durante unos momentos en voz baja con sus ayudantes y ordenó varias cosas a sus sirvientes, que salieron raudos para cumplirlas. Luego hizo un gesto con la mano para que nos acercáramos. Lentamente nos dispusimos en semicírculo alrededor de él. Se dirigió a nosotras ensalzando el trascendental momento.

—Hoy será para la elegida y para su familia un día inolvidable —dijo—. Es un orgullo para el pueblo de Roma que una de sus hijas se sacrifique al servicio de Vesta, diosa del hogar y guardiana del fuego sagrado y eterno, el que deberá guardar celosamente...

A su lado varios escribientes preparaban, sobre una larga mesa de mármol, todo lo necesario. Mientras tanto, me entretuve en contar el número de columnas que rodeaban la estancia. Acabado, empecé con los personajes dibujados en los frescos que decoraban las paredes.

Había un ligero murmullo que paulatinamente fue convirtiéndose en un impresionante silencio a medida que un escribiente, contando en voz alta, introdujo veinte tablillas en el interior de una bolsa de color púrpura. Con parsimonia se acercó hasta el César y abrió la bolsa. Este metió la mano y sacó una tablilla; la miró y la enseñó a sus escribientes para que tomaran nota. Luego la levantó para que todo el mundo pudiera verla. Las respiraciones agitadas de los presentes envolvían el ambiente hasta que el César, investido como Pontífice Máximo, pronunció un nombre. El mío.

—Valeria Livia —dijo sin inmutarse apenas.

Se produjo un murmullo de conversaciones nerviosas y el Pontífice volvió a introducir la tablilla en la bolsa. Era evidente que las veinte tablillas llevaban impreso mi nombre.

De cualquier forma la elección había concluido y se había nombrado a una vestal. Aunque hubiera un atisbo de engaño,

nadie se atrevería a protestar abiertamente al César y lo que era peor: nadie osaría pedir que les mostraran todas las tablas. Si alguien se atreviera a hacerlo, por muy de alta alcurnia que fuera, sus días estarían contados a partir de ese momento. Acusar públicamente al César de fraude era una locura. A nadie en su sano juicio se le ocurriría, por muy valiosa que fuera la contrapartida.

Algunas amigas de mi madre se acercaron hasta ella para felicitarla y a mí me dedicaron caricias y sonrisas, en algunos casos, demasiado forzadas. Otras cogieron a sus hijas y se marcharon a grandes zancadas, mostrando su malhumor. Luego el Pontífice me llamó y mis padres me acercaron hasta él, no sin dedicarles cierta sonrisa que me supo a complicidad. Se había levantado y estaba ante mí. Alto, calvo, gordo, con una tremenda barriga y con unas enormes y peludas orejas. Me dedicó una sonrisa y dijo con solemnidad: «Te tomo, Livia, y te constituyo sacerdotisa de Vesta, de acuerdo con las sabias prescripciones legales, para que ejerzas en provecho del pueblo romano las sagradas funciones que competen al sacerdocio de Vesta».

A continuación bajó de su estrado y me cogió de la mano, como indicaba el ritual, en señal de que era entregada por mi familia, allí presente, y recogida por él para el servicio a la diosa. Noté que, a diferencia de la de mi padre, su mano era rolliza, fría y estaba sudorosa. De ella me llevó a unas dependencias del palacio que habían sido preparadas para mi transformación en una novicia. Allí quedé bajo la custodia de varias mujeres a las que no había visto nunca y su modo de hablar me indicó que pertenecían a la nobleza —Años después descubrí que aquellas señoras habían sido vestales—. Ellas fueron las encargadas de desnudarme y hacerme un reconocimiento por si tenía alguna enfermedad oculta o defecto que no hubiera sido revelado. Me miraron los oídos, la nariz, detrás de las orejas y dentro de la boca. Luego en las axilas, ingles y nalgas. Los dedos de las manos y los de los pies. A cada intervención aquellas mujeres se miraban unas a otras haciendo un ligero movimiento de cabeza como aceptando o dando el visto bueno de lo que habían observado o

reconocido. Luego me acostaron y me hicieron abrirme de piernas. Recuerdo que aquello me turbó mucho pues ni con mi madre había adoptado semejante postura. Pero no dije nada y dejé que me palparan y auscultaran, no sin notar un cierto dolor. Más tarde entendí el porqué. Querían verificar mi virginidad. Muchas niñas a mi edad habían sido violadas por sus amigos, padres, tíos o allegados a la familia. No era mi caso y pasé el reconocimiento sin ninguna objeción por parte de aquellas señoras. A continuación me raparon el pelo y fui vestida con una sencilla cástula de un blanco deslumbrante y un velo. Alrededor de mi cabeza pusieron una ínfula blanca y fui preparada para la pequeña procesión que desde la Regia, cruzando la Vía Sacra, me llevaría al templo de Vesta.

Durante la procesión y momentos antes, mientras varias esclavas me bañaban con agua perfumada, frotaban mi cuerpo con suaves y delicadas esponjas y me vestían, experimenté algo que jamás había sentido, a pesar de que en mi casa gozaba de todas las comodidades que una niña de diez años podía tener. Sentí el poder y noté el agradable efecto de la adulación. Una mirada, un gesto, el inicio de una palabra bastaba para que se me prestara toda la atención del mundo.

Mientras la procesión discurría por la calle, se pararon cuantos carruajes y palanquines se cruzaron con nosotros y noté la mirada envidiosa de las demás candidatas y cómo las gentes que paseaban me dedicaban su atención con un respeto que yo no había conocido hasta ese momento. Al llegar al templo de Vesta, fui recibida oficialmente en el atrio por el Pontífice Máximo y presentada a la *Virgo Vestalis Maxima* y a las demás vestales que habrían de ser mis compañeras durante un largo período de tiempo.

Desde ese preciso momento empezó formalmente mi vida consagrada a la diosa Vesta. Una vida llena de experiencias y situaciones contradictorias que fueron sucediéndose a lo largo de los años. Allí fui novicia y sacerdotisa, fui querida y odiada; fui amante y amada; perversa, sumisa e intolerante, y muchas veces llegué a pedir a la diosa que obrara en mí una divina transformación para dejar de ser hermosa y convertirme en una sencilla y vulgar muchacha romana. Sin más.

Todo lo que aconteció después se debió a la exuberante belleza que fue desarrollándose en mí a partir de los catorce años. Pasé de ser una espigada y agradable niña de la clase alta romana a convertirme en una hermosa y sensual mujer, aunque fuera una vestal.

Tú ahora procura que sobreabunden los alimentos que faltan hasta el presente y no dejes, oh Vesta, tu aposento.
Que la cóncava máquina muele el sólido cereal; y lo molido con la mano lo cueza el fuego en el horno.

Recomendación de Júpiter a Vesta



II

La Casa de las Vestales



Ese mismo día, después de las presentaciones, nos trasladamos a nuestra residencia oficial, la Casa de las Vestales. Era un edificio impresionante, creo que de los más grandes de Roma. Contrastaba con el pequeño templo circular de la diosa Vesta que se encontraba justo al lado. Pensé, por un momento, que las vestales no teníamos derecho a vivir en un edificio tan grande y lujoso, mientras que el templo consagrado a la diosa no era ni la quinta parte del nuestro.

Claudia, la *Virgo Maxima*, me asignó una habitación justo al lado de la que, a partir de ese momento, sería mi educadora en temas religiosos. Se llamaba Flornia y tenía treinta y un años. Estaba en su tercera etapa, es decir, ya había pasado la época de novicia y de sacerdotisa dedicada al culto y por entonces se dedicaba a enseñar a las novicias junto con Claudia, la preceptora de Drusila, otra vestal que había entrado dos años antes que yo. Flornia era muy agradable y me ayudó con delicadeza a pasar esos primeros días lo mejor posible. Estaba claro que iba a echar de menos a mi madre, mi casa, mis hermanos, los juegos y todo cuanto había hecho hasta ese día.

La habitación era bastante grande y bien decorada aunque con austeridad. Aparte de la cama tenía un armario empotrado

en la pared con estantes de madera. Un escritorio, una silla de tijera con asiento de cuero y un gran baúl donde guardaría los libros y demás pertenencias. Una lámpara de bronce pendía del techo y sobre el escritorio un pequeño candil. Sus paredes estaban decoradas con alegorías de la diosa Vesta. La habitación se situaba en un largo pasillo en el ala principal del edificio que daba a la Vía Sacra y desde donde se podía ver el templo de la diosa. En el mismo pasillo se encontraban las restantes cinco habitaciones de las demás vestales, incluida la de la Máxima. Delante de las habitaciones había un pórtico columnado que les daba claridad.

Al oscurecer nos retiramos cada una a nuestras habitaciones. Yo me dediqué a guardar y a examinar las escasas pertenencias que me aportó Floronia, casi todas dedicadas a mi aseo personal y las ropas que a partir de ese momento tendría que vestir. Lo hice rápidamente y luego me acosté. Echada sobre la cama recorrí mentalmente todo lo que había sucedido ese día desde que me levanté y las palabras que mi madre me dijo al despertarme: «Livia, cariño. Hoy será un día especial y muy importante en tu vida...».

En realidad aquellas palabras me sonaron extrañas. No podía evaluar hasta qué punto aquello era importante para mí. No conocía la vida de las vestales, aunque el bueno de Claudio, mi preceptor, intentó explicármelo una y otra vez. Ahora pienso, ¿cómo pretendían que una niña de diez años pudiera saber lo que era consagrar una vida a una diosa?

Yo sólo entendía de juegos, besos, caricias y caprichos. Y aquello de ser vestal me sonaba como hacer una obra de teatro de las que se representaban en la calle o en el foro, donde cada uno hacía un papel y a mí en esta obra me había tocado representar el papel de vestal. Lo malo era —pensé—, que ese papel iba a durar demasiado tiempo. Aunque también era incapaz de pensar y evaluar el tiempo.

—¡Hola, Livia! Buenos días.

Abrí los ojos y no sabía dónde estaba.

—¿Qué tal has dormido?

Creía que estaba soñando. Ante mí se hallaba una diosa vestida de un blanco radiante.

—Vamos, levántate. Hoy es tu primer día de novicia.

Me restregué los ojos y reconocí a Floronia, que se había sentado en la cama y me miraba con una sonrisa cargada de ternura.

—¡Hola! —fue toda mi respuesta.

Desperezándome me incorporé, mientras Floronia preparaba la túnica y las sandalias que habría de llevar. Luego me indicó dónde podía lavarme y me dijo que me esperaba para desayunar.

Al cabo del rato aparecí en la sala donde me aguardaban todas las vestales. Estaban sentadas en torno a una larga mesa de madera, finamente acabada, y en uno de cuyos extremos, presidiéndola, aparecía Claudia. Floronia, con un gesto, me indicó que me sentara junto a ella. En ese lado de la mesa sólo estábamos Floronia y yo. Frente a nosotras, sentadas, Drusila, Cornelia y Emilia.

Al sentarme, todas me miraron con simpatía y con un halo de interrogación por saber quién era, cómo era y qué tal compañera sería. Yo bajé los ojos y cuando Claudia dio la orden para empezar a desayunar, lo hice con la mirada baja.

Sobre la mesa había una gran fuente con rebanadas de pan, una jarra de leche, un cuenco con miel, otro con frutas y una pequeña jarra con aceite.

Bueno —pensé—, al menos el desayuno es muy parecido al de mi casa. —Por lo que comí con apetito. Además, el día anterior con tantos nervios, idas y venidas, no había comido mucho.

Mientras desayunábamos lanzaba miradas furtivas a las demás para intentar robarles una mirada, un gesto o cualquier otra cosa que pudiera darme alguna pista de cómo eran. Drusila, la alumna novicia de Claudia, era más bien feúcha y de un tono de piel más oscuro que cualquiera de nosotras. Morena de pelo, tenía la nariz un tanto aguileña. Había cumplido doce años y llevaba allí dos. Me recordó a la hija de un esclavo libio que tuvo mi padre hacía bastantes años. Evidentemente, no podía ser ella: para convertirse en vestal se requería descender de familia noble y que el padre no hubiera ejercido una profesión de las denominadas indignas.

Frente a mí, Cornelia. Aparentaba unos veinticinco años y era extremadamente delgada. Apenas tenía pecho y lucía un largo pelo castaño y sedoso. Sus manos eran largas, huesudas y sus brazos parecían alargarse cuando intentaba coger alguna bandeja de las del otro lado de la mesa. Era cálida, arrogante y silenciosa. A su lado Emilia. Muy cándida y de tez blanca, cabellos rubios muy rizados y de ojos azules. No era fea, pero tampoco hermosa. Era la que menos hablaba y parecía que sólo le prestaba atención a la comida. Junto con Cornelia, se dedicaba por entero a los servicios de la diosa, como ir a la fuente sagrada a por el agua para la limpieza del templo.

Claudia, la *Virgo Maxima*, estaba ya en su tercera década de servicio a la diosa y pasaba, lógicamente, de la treintena. Había accedido al cargo de *Máxima* por la jubilación de la anterior al cumplir los treinta años de servicio. Claudia era una mujer, en el amplio sentido de la palabra. Sería aproximadamente de la edad de mi madre, pero estaba mucho mejor conservada. No en vano mi madre había tenido cinco hijos y Claudia ninguno. Se conservaba muy bien. Su pelo rubio ondulado le caía por encima de los hombros y le enmarcaba una cara con grandes ojos azules y pómulos salientes. Unos gruesos y carnosos labios protegían la boca y acentuaban sus gestos cuando hablaba. Los pechos, a través de la cástula, se notaban firmes y turgentes y su cintura era la de una muchacha de veinte años. En resumen, era una bella y elegante mujer, aun vestida con una simple túnica. Además, su carácter autoritario la hacía parecer todavía más atrayente.

Por último, mi preceptora Flronia. De carácter más bien dulce. Se notaba que había crecido y había sido educada en el seno de una familia de alta alcurnia. Aunque todas procedíamos de la aristocracia, ella parecía que se destacaba. Llevaba el pelo corto, de un color negro azabache muy brillante. Ojos grandes y negros como el carbón. Labios pequeños y barbi-lla acentuada. Sus pechos, redondos y voluminosos, parecían querer salirse del ligero escote de la cástula. Era la más alta con diferencia.

Al acabar el desayuno, todas se levantaron y desaparecieron como si supiera cada una su quehacer. Yo me quedé con Floronia hasta que me habló.

—Livia, hoy lo dedicaremos a que conozcas tu casa y el templo de la diosa.

No hice ningún comentario y esperé a que se levantara. Luego la seguí por el pasillo hasta que ella se paró. Enfrente tenía el patio central del edificio, rodeado de columnas cuyas arcadas sostenían el piso superior. Era rectangular y en cada uno de sus lados más pequeños dos fuentes vaciaban el tenue caño a un estanque.

—Mira, este es el patio de la fuente en donde se puede pasear y leer. Nosotras lo utilizamos como lugar de descanso al aire libre. De esta fuente no se puede coger agua para el templo de la diosa. Hay que ir a la fuente Camena.

—¿Por qué? —pregunté—. Si aquí hay agua.

—El templo de Vesta no puede ser limpiado con agua proveniente de tubería. Las tuberías y conducciones de agua arrastran impurezas. Por eso se recoge expresamente en unas tinas especiales de las fuentes sagradas.

—¿Y dónde se echa el agua? —volví a preguntar.

—No, Livia. El aseo del templo se hace a diario, por lo que todos los días hay que ir a recoger el agua suficiente.

Pensé que aquello era una tontería. ¡Vaya trabajo! Ir todos los días a recoger el agua.

—Ahora, cuando salgamos a ver el templo, posiblemente vuelva Emilia con la tina del agua —añadió Floronia.

Luego deambulamos por los pasillos del ala posterior de la planta baja y me fue enseñando todas las estancias que lo rodeaban. En un momento determinado cambió su tono de voz y me hizo una advertencia:

—Livia, por estos pasillos no debes andar, y menos de noche. ¿Lo has entendido?

—Sí —contesté escuetamente sin preguntar el porqué. Aunque me intrigó que no pudiera andar por ciertos sitios de lo que se suponía iba a ser mi casa durante tantos años. Luego pensé que mi padre también me había prohibido que entrara y que jugara en su despacho. En algunas ocasiones le había

alborotado varios documentos y en otra ocasión le derramé un tintero sobre la mesa. Yo, asustada por el desastre organizado, le eché la culpa a un sirviente. Excusa que no surtió el efecto esperado, pues mi padre no me creyó y me castigó a permanecer encerrada en mi habitación dos días.

Después de dar la vuelta completa al patio y observar dónde estaban los baños, la cocina y otras dependencias, salimos por la puerta principal al jardín y de ahí pasamos al templo de la diosa. Lo encontré curioso. Era el primer templo redondo que veía. Todos los que había visto, hasta entonces, eran enormes y de forma cuadrada o rectangular. Estaba en una situación elevada con respecto a la Vía Sacra y se accedía a él por una pequeña escalinata. Era períptero y debía tener alrededor de dieciocho o veinte columnas de estilo jónico. Por el orificio de su parte superior salía una débil columna de humo. «Tenía que ser el humo del fuego sagrado que se veneraba en su interior», pensé para mí.

Subimos por las escalinatas al tiempo que aparecía Emilia con la fútil, llena de agua, y precedida por un lictor. Este se quedó a la entrada del templo y Emilia, que llevaba el rostro cubierto por un velo, se introdujo en su interior seguida de nosotras dos.

—Ningún hombre excepto el pontífice puede atravesar esta puerta —comentó Floronia nada más traspasarla.

En el centro del Templo, sobre una pequeña ara, estaba el fuego sagrado que dejaba escapar el humo por la abertura superior que yo había visto desde fuera. Era el único orificio al exterior que tenía el templo.

—Ese es el fuego sagrado, Livia —me dijo mirando fijamente el ara—. Nunca se puede apagar. Si esto ocurre, la vestal encargada de su custodia será azotada por el pontífice.

—¿Por qué? Si se apaga se puede volver a encender —opiné inocentemente.

—Livia, cariño, el fuego sagrado es mucho más importante de lo que tú crees. Es el símbolo de la diosa y siempre ha de permanecer encendido. Además, este santuario consagrado a Vesta representa el corazón simbólico de Roma. Nada más se

apaga una vez al año para volverlo a encender. Esto sucede en las calendas de marzo.

Luego añadió:

—No te preocupes. Por ahora no estás obligada a realizar esta función. Para cuando hayas de hacerlo, habrás aprendido todo el significado de lo que te he explicado.

Empecé a ver las semejanzas que había entre ser hija de un senador y una vestal. O lo que era lo mismo: ser hija de Vesta. No podía andar por ciertos sitios de mi casa y cuando hiciera algo mal me ganaría unos azotes.

Emilia, mientras tanto, empezó a limpiar parsimoniosamente el templo con el agua traída de la fuente. Nosotras nos dirigimos hacia la parte posterior. Allí había una alacena cerrada con llave en la que se guardaban ciertos utensilios para las celebraciones de la diosa.

Floronia se puso al lado de la alacena y comenzó a relatar-me todo lo que contenía sin llegar a abrirla.

—Todo lo que hay aquí es sagrado, Livia —me reveló con un tono grave de voz—. Lo más sagrado de la ciudad —insistió—. Aquí están depositados los dioses penates, el velo de Iliona, las cenizas para la Parilia, el Palladium y otras cosas que ya irás descubriendo. Nadie, excepto nosotras, es decir, la encargada en ese momento y el pontífice, puede abrir esta puerta.

Aquello empezaba a resultarme un tanto misterioso. No estaba acostumbrada a que todo o casi todo fuera prohibido. «Bueno —me dije—, hasta que me tenga que hacer cargo de ello ya habrán transcurrido unos cuantos años». No tengo por qué preocuparme ahora. Y así lo hice. Atendía con interés diariamente mis clases con Floronia sobre la historia de Roma, sus dioses, sus leyendas y sus costumbres.

Así pasé cuatro largos años. No ocurrió nada relevante. Asistí con ilusión e interés, ya que salíamos de la aburrida monotonía, a las Vestalias, fiestas que se organizaban en honor de la diosa Vesta entre los meses de abril y junio.

Al ser Vesta la diosa del fuego y de la tierra, que con su virtud germinativa proporciona el alimento y el fuego para cocinarlo, durante las fiestas descansaban las ruedas de molino y se las adornaba con guirnaldas de flores. A los asnos

que las movían también se les engalanaba. En la última semana de las fiestas, que eran los días de la limpieza ritual del templo, se autorizaba a las mujeres a visitar el templo de Vesta, pero tenían que entrar descalzas. El último día llevábamos en gran procesión, para arrojarla al río Tíber, toda la suciedad recogida esa semana en el templo. Así, de esta forma, se purificaba el santuario. Al día siguiente se recuperaba la normalidad, lo cual, curiosamente, especificábamos en el calendario con las siglas «Q. St. D. F.».

También aprendí a hacer la *mola salsa*, necesaria para inmolar a las víctimas que se iban a sacrificar. Aunque al principio —dadas mis pocas ideas sobre estos menesteres— me costó trabajo conseguir hacerlo bien, gracias a la ayuda de mis compañeras, sobre todo de Floronia, conseguí aprenderlo. En primer lugar teníamos que hacer una salmuera con sal no purificada, picada en un mortero y puesta al fuego en una olla de tierra; después se cubría de yeso y se ponía a cocer en el horno. Luego la cortábamos con una sierra de hierro y la depositábamos en una tinaja saladera que había en la parte exterior de la alacena del templo de Vesta. Después le echábamos agua de la fuente y nos servíamos de ella para los sacrificios. Todo un ritual.

El mes de diciembre anterior a cumplir los catorce años asistí por primera vez a la fiesta que cada año se organizaba en casa de un alto dignatario o magistrado. Incluso alguna vez se había llegado a celebrar en el palacio del César, en honor de la *Bona Dea*, a la que sólo podían asistir mujeres. Allí se daban cita las mujeres de la alta sociedad y nosotras, las vestales. En ellas se propiciaba la fertilidad, evidentemente, de las casadas y solteras y se sacrificaba un cerdo. Nos reímos mucho cuando una de las aristócratas contó que una vez, cuando se celebró esta reunión en casa de Julio César, un hombre se disfrazó de mujer y se introdujo en la reunión. Naturalmente, fue descubierto y expulsado, y la fiesta se tuvo que repetir al día siguiente por haber sido profanada por un hombre. Me imagino la cara que pondrían las aristócratas: ellas creídas hallarse sólo entre mujeres, habían hablado de todas sus cuitas y aventuras sin sospechar la presencia del intruso.

He dicho que no ocurrió nada de importancia durante estos cuatro años, pero sí que ocurrió. Y quizá fue el principio de todo lo acontecido más tarde. Posiblemente fue la suave brisa que se tornó en viento y acabó en tormenta.

Pasaban dos meses desde el día en que cumplí los catorce años, cuando tuve la primera menstruación. Fue muy tarde, comentaron mis compañeras y según yo había comprobado por amigas y hermanas. Ocurrió durante una noche. A la mañana siguiente, al despertarme, me noté húmedos las nalgas y muslos. Temí que me hubiese orinado, por lo que di un bote en la cama y me incorporé. Aparté las sábanas de un tirón y casi me desmayo del susto. Mi corazón se aceleró como no lo había hecho nunca antes. Ni en los peores momentos de mi niñez cuando mi padre descubría alguna trastada y andaba buscándome para darme algunos azotes. Mis ropas y sábanas impregnadas de sangre me alarmaron. No supe qué había ocurrido ni sabía qué hacer. Me levanté las ropas esperando ver una enorme herida producida por un no sé qué. De repente me vinieron a la memoria las palabras que mi madre dijo un día a mi hermana mayor cuando, por aquel entonces, yo dormía con ella en la misma habitación: «No te preocupes, Octavia. Esto es lo que te expliqué hace tiempo. Ya eres una mujer».

Así que era eso. Ya me había venido. Me levanté rápida y procuré limpiar todo aquello y recoger la ropa antes de que llegara Floronia. Pero fue demasiado tarde. No había terminado cuando la puerta se abrió y entró mi preceptora, como todas las mañanas.

—Buenos días, Livia. ¿Qué haces?

El corazón me volvió a latir con fuerza y me avergoncé. No obstante, intenté quitar importancia al asunto.

—Nada, Floronia. Voy a cambiar las sábanas.

—Pero si hoy no es día de...

Floronia interrumpió la frase y temí que se hubiera dado cuenta. En más de una ocasión ella me preguntó si me había venido la menstruación y yo siempre, mirando para otro lado, le había contestado que no.

—Te ha venido la menstruación —afirmó.

Aquella respuesta me dejó helada y seguí inmersa en mis labores de limpieza a la vez que intentaba contestar, pero tartamudeé.

—No. Es que... Bueno, yo...

—Livia —me dijo con voz tenue y cálida—. Todas hemos pasado por ello y es algo que tiene que ocurrir. No debes preocuparte ni avergonzarte. Ya eres una mujer.

Aquello me recordó otra vez las palabras de mi madre y unas lágrimas rebosaron mis párpados y rodaron por mis mejillas. Me senté en la cama y me tapé la cara con las manos. Ella se acercó y me abrazó cariñosamente dispuesta a acabar con mis angustias y miedos.

—Sé que, en estos momentos, echas de menos a tu madre y es lógico. No puedo ocupar su puesto, pero puedes contar conmigo como hasta ahora.

Yo seguía gimiendo. Flornia, intuyendo que necesitaba unos momentos de intimidad, recogió las ropas y se marchó.

En toda la mañana, respetando mi ansiada soledad, no fue a buscarme. A la hora de comer llegué al comedor cuando todas mis compañeras estaban sentadas esperándome. Entré con la cabeza agachada, con vergüenza, como si todas supieran ya lo que me había ocurrido y eso me llenó de temores. Claudia dio la orden para empezar a comer y ellas se entregaron a una serie de cotilleos a los que yo me sentí ajena. Sólo levantaba la cabeza para comprobar si alguna de ellas me miraba de forma sospechosa. Ninguna lo hizo. De lo que inferí que Flornia había sido muy discreta. Se lo agradecí sobremanera. No estaba en disposición de aguantar bromas en torno a mi madurez. Ya que no había sido muy precoz, no tenía ganas de risas.

Drusila, la otra joven, había madurado a los doce años y siempre me miraba con cara de suficiencia. Empezaba a caerme mal. A pesar de tener dos años más que yo, se creía muy adulta, y cuando alguna de las mayores hacía algún comentario en torno al sexo o a otra cuestión de cierta relevancia, ella siempre daba la razón y asentía de forma evidente y cómplice con la cabeza.

Al atardecer, mientras paseábamos por el patio porticado, Flornia me dio varios consejos respecto a lo que me había

ocurrido y cuál era la mejor forma de tratarlo. Sobre todo, que no me sintiera indigna durante esos días. Muchas mujeres —me dijo—, se abandonan físicamente y aunque nosotras no podemos acicalarnos como lo hacen el resto de mujeres, por nuestra condición de sacerdotisas, debemos parecer y estar radiantes. Aunque sólo sea para nosotras mismas.

Aquellas palabras me dieron las fuerzas suficientes para aguantar esa fatídica y extraña semana y empecé a sentir un cariño especial por Floronia. Fue mi refugio para los momentos difíciles. Llegamos a intimar tanto que la hice partícipe de cosas que jamás le habría contado a mi madre. Ella las escuchaba con atención. Demostró que hubiera sido una excelente madre y que si el tiempo lo permitía podría llegar a serlo cumplido su sacerdocio, pues las vestales, una vez cumplidos los treinta años de servicio, podían integrarse en la sociedad civil y casarse si esa era su voluntad. La mayoría no lo hacía ya que, cuando se reintegraban a la sociedad, encontraban demasiados problemas. Uno de ellos era que, a pesar de la excelente dote ofrecida por el erario público, eran tomadas por estériles dada su edad, y sólo algunos viudos, ansiosos de revivir sus mejores años de pasión, y solterones habituados a recorrer los mejores burdeles de Roma, las solían cortejar.

Fueron muchas las que al acabar su servicio se casaron, pero también fueron bastantes las que no llegaron a acabar el resto de sus días junto a sus maridos. Los divorcios en este tipo de matrimonios eran frecuentes. Incluso algunos acabaron en crueles y sangrientos asesinatos, comentados hasta la saciedad por toda Roma.

A partir de entonces se sucedió otra larga época de cuatro años durante los cuales fui colaborando, cada vez más, en las labores de aprendizaje de sacerdotisa y profundizando en mis estudios a fin de convertirme en una aplicada vestal.